

«DEL ORBE VI LA MÁS REMOTA PARTE»:
Rebolledo, la cartografía y el *Atlas maior* de Blaeu¹

ADRIÁN J. SÁEZ
Université de Neuchâtel

En el abanico de poetas —que no poetastros— que hacen de gozne entre los siglos XVII y XVIII se hallan casos muy variopintos tanto en andanzas vitales como en apuestas estéticas que van del agotamiento a la innovación en un panorama en el que a veces es difícil manejarse². En este marco, el conde de Rebolledo constituye un buen botón de muestra de esta etapa de metamorfosis y tensiones hacia la modernidad por su expediente personal y poético.

González Cañal le tiene por «un predecesor de los novatores» en la «avanzadilla de los nuevos tiempos» tanto en el ámbito intelectual como poético y

¹ Este trabajo se enmarca en los proyectos *SILEM: Sujeto e institución literaria en la Edad Moderna* (FFI2014-54367-C2-1-R), coordinado por Pedro Ruiz Pérez (Universidad de Córdoba) y *VIES: Vida y escritura I: Biografía y autobiografía en la Edad Moderna* (FFI2015-63501-P) a cargo de Luis Gómez Canseco y Valentín Núñez Rivera (Universidad de Huelva). Una primera versión fue presentada en el coloquio internacional *Razón y sentimiento: la poesía española del período ilustrado* (Université Michel de Montaigne-Bordeaux III, 7-8 de noviembre de 2014).

² Ver los acercamientos de Alain Bègue, «Albores de un tiempo nuevo: la escritura de entre siglos (XVII-XVIII)»; y «Relación de la poesía española publicada entre 1648 y 1750», en *La luz de la razón: literatura y cultura del siglo XVIII (A la memoria de Ernest Lluch)*, ed. de A. Egido y J. E. Laplana Gil, Diputación de Zaragoza, 2010b, págs. 37-69 y págs. 399-477, respectivamente; P. Ruiz Pérez (coord.), *Tardos vuelos del Fénix: la poesía del bajo barroco, Caliope*, 18.1, 2012; y «Periferias: la poesía del bajo barroco y el canon», en *Heterodoxias y periferias: la poesía hispánica en el Bajo Barroco* (ed. de I. López Guil, A. J. Sáez, A. Sánchez Jiménez y P. Ruiz Pérez), *Versants*, 59.3, 2013b, págs. 11-25.

[187]

AnMal, XXXVIII, 1-2, 2015, págs. 187-204

ha delineado la paleta de intereses del poeta por el atomismo, la teoría heliocéntrica, las discutidas ideas de Galileo junto a otras cuestiones científicas que el ingenio comenta con ironía, prudencia y algunos silencios, aunque se sorprende de que estas ideas se den en «un hombre consagrado a las armas y a las tareas diplomáticas»³.

Sin embargo, justamente las credenciales de embajador de Rebolledo eran la mejor tarjeta de presentación para entrar en contacto con ideas, lecturas y personajes del conocimiento europeo alejadas —o marginadas— de España, toda vez que la diplomacia es un cauce fundamental de difusión del saber sobre todo después de la paz de Westfalia (1648), como prueban los casos de Saavedra Fajardo y otros diplomáticos ingeniosos en su vida a salto de mata entre los negocios de estado⁴. De este modo, la vida en la periferia del poeta le sitúa paradójicamente en el centro de un universo idóneo —y protestante— para el intercambio de saberes⁵.

En este contexto, en lo que sigue se traza un pequeño panorama de la afición cartográfica de Rebolledo (1597-1676) a partir de las pistas que deja en un manojo de documentos y poemas para después examinar el sello geográfico de un pasaje de las *Selvas dánicas* (Copenhagen, Pedro Morsingio, 1655) que por una serie de razones acaba por entrar en la edición española del *Atlas maior* de Blaeu en un curioso episodio en el que tiene mucho que ver la colaboración de Miguel de Barrios.

El gusto cartográfico de Rebolledo

Aunque parezca una perogrullada, no es baladí insistir en que la modernidad *avant la lettre* de Rebolledo viene marcada por el contexto espacio-temporal en el que se desenvuelve su carrera diplomática y poética: en efecto, la poesía de Rebolledo cobra forma durante su etapa de embajador, que se inicia tímidamente

³ R. González Cañal, «El conde de Rebolledo y los albores de la Ilustración», *Criticón*, 103-104, 2008a, 69-80, págs. 69 y 73.

⁴ J. García López («Quevedo y Saavedra: dos contornos del seiscientos», *La Perinola*, 2, 1998, 237-260, pág. 238) subraya la cercanía de Saavedra al ambiente de la nueva modernidad. La «curiosidad moderna» es un santo y seña de los novatores, según Jesús Pérez-Magallón [*Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*, CSIC, Madrid, 2002, págs. 46-51], mientras la diplomacia es una de las vías fundamentales de la influencia y recepción de Galileo en España para Enrique García Santo-Tomás (*La musa refractada: literatura y óptica en la España del Barroco*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt, 2014, pág. 77). Ver A. J. Sáez, «El ingenio de la diplomacia: Saavedra Fajardo, el conde de Rebolledo y los reyes del norte», *Studia Aurea*, 8, 2014, págs. 91-110, para una comparación entre las andanzas de Saavedra Fajardo y Rebolledo.

⁵ F. Prot, «La poésie scientifique de Bernardino de Rebolledo à la lumière du gassendisme», en *Poésie et société en Espagne: 1650-1750* (ed. de J.-M. Buiguès), *Bulletin Hispanique*, 115.1, 2013, 13-26, pág. 18, apunta que estas funciones diplomáticas «le vouent à un isolement qui exalte l'éclat de sa foi inquiète de catholique et favorise aussi un esprit de libre curiosité».

en 1636 y 1644 para desarrollarse con fuerza entre 1647 y 1659 siempre en el norte de Europa entre los estados alemanes y Dinamarca. Así, se puede decir que el poeta se encuentra en el momento y el lugar oportunos para tener noticia de los avances científicos especialmente en materia de cartografía y geografía, porque justo entonces se encuentra en todo su esplendor la edad de oro de la ciencia de los mapas que tiene su sede principal en los Países Bajos.

Las nuevas rutas comerciales enlazadas con los diferentes descubrimientos, la sucesiva —y competitiva— publicación de planos con nuevos datos, los constantes cambios derivados del convulso panorama político y la propia realidad de Flandes favorecieron el auge de la cartografía desde finales del siglo XVI y su explosión a lo largo de todo el siglo XVII⁶: esta suerte de revolución artística y científica venía encabezada por la familia Blaeu en lucha con los clanes rivales de Claesz, Hondius y otros, cuyos esfuerzos enfrentados logran poco a poco la conversión de los mapas en un objeto cotidiano que interesa a un público *in crescendo* en tanto forma de conocer el mundo.

Así las cosas, paradójicamente la condición periférica de Rebolledo le permite entrar en contacto con una serie de lecturas y personajes de la más rabiosa actualidad que quedaban lejos del alcance de los ingenios españoles por razones de censura, traducción y la propia dinámica del mercado librero. Es decir: sin echar más leña al fuego de la leyenda negra de una España hermética a las novedades, es obvio que la cercanía a algunos de los centros noreuropeos de difusión del saber por lo menos facilita —y hasta permite en algunos casos— el acceso al nuevo panorama de avances y conocimientos. Por tanto, el círculo que se abría con las relaciones de Rebolledo en la órbita de la corte danesa con Gassendi, Francken y quizá Descartes se cerraba con la oportunidad de oro de estar al día de los adelantos en cartografía, geografía, óptica y otras ciencias que tienen eco en su poesía.

Para empezar, se conocen un manojo de noticias sobre la afición cartográfica y geográfica de Rebolledo en documentos personales que enmarcan algunos poemas entreverados de descripciones y mapas poéticos.

En una carta destinada al regidor don Ramiro de Quiñones desde Copenhague (22 de abril de 1651) en la que Rebolledo hace un ejercicio de interesada confesión autobiográfica, se retrata como un sabio estoico que dedica muchas horas del día a leer libros de historia y de viajes en medio de su «entretenida soledad» (en *Ocios*, pág. 193)⁷:

⁶ G. Schilder, «Los Blaeu, una familia de cartógrafos y editores de mapas en el Ámsterdam del Siglo de Oro», en *De Mercator a Blaeu: España y la edad de oro de la cartografía en las diecisiete provincias de los Países Bajos* (dir. de F. Bouza), Real Academia de la Historia, Madrid, 1995, 75-91, págs. 75-77. Ver también N. J. W. Thrower, *Maps and Civilization: Cartography in Culture and Society*, The University of Chicago Press, 1996; y G. Roe Crone, *Historia de los mapas* (trad. de L. Alaminos y J. Hernández Campos), Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

⁷ B. de Rebolledo, *Ocios* (ed. de R. González Cañal), Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1997.

[...] navego sin marearme con Ulises y Eneas con Magón, Vasco de Gama y Magallanes, paso con Heródoto sin mudar de posadas de los montes de plumas de los scitas hasta los garamantas y silos que formaban en África ejércitos contra el Austro, ajustando los sitios en las cartas modernas que son mis tapicerías. Cansado destes viajes me suelo recostar a la sombra de un árbol a oír cantar a Tíro y Melibeo (pág. 191).

Junto a la épica clásica (*Odisea*, *Eneida*), la historia (Heródoto) y los relatos de viajes (las aventuras del almirante cartaginés Magón narrada por Diodoro Sículo, el diario de Vasco da Gama y la expedición de Magallanes en versión de Antonio Pigaffetta, Pedro Mártir de Anglería o más seguramente Gonzalo Fernández de Oviedo) permiten conocer el mundo sin moverse en alianza con los mapas («cartas modernas») que adornan la estancia (a modo de «tapicerías») cual ventanas abiertas al mundo, tal como aparece en diversos cuadros de Vermeer como el siguiente⁸:



Johannes Vermeer, *Militar y muchacha riendo*, h. 1658
© Frick Collection, New York

En sintonía con esta declaración, en el inventario *post mortem* de los bienes de Rebolledo se cuentan «quinze mapas grandes y pequeños» que hacen juego con una docena de libros de astrología, astronomía, cartografía, cosmografía

⁸ Ver E. Livieratos y A. Koussoulakou, «Vermeer's Maps: A New Digital Look in an Old Master's Mirror», *e-Perimetron*, 11, 2006, págs. 138-154 (en red).

y geografía de su biblioteca: una edición española de la *Cosmografía* (Anvers, Juan Whitagio, 1575) de Pedro Apiano, la *Geografía cioè descrizione universale della terra* (Venetia, Galignani, 1597-1598, 2 vols.) de Claudio Tolomeo en versión italiana de Leonardo Cernoti con los comentarios de Magini, «los atlantes en cuatro tomos de afolio en lengua francesa» que seguramente sea un trabajo de Blaeu y descripciones de los cantones suizos y otras tierras, entre otros⁹.

Algún recuerdo de este catálogo se encuentra en las recomendaciones de lectura de la segunda parte de una poética carta de *remedio amoris* que destina a un amigo que se quiere retirar de los peligros del galanteo (Tercetos II, nº 116) y en la que tienen lugar la geografía como compañía óptima para la poesía y la historia:

De Blau y Hondio las tablas excelentes,
y las de Tolomeo, con buen comentario,
a vuestro estudio estén siempre presentes.
En unas y otras tatead atento
el sitio en que las cosas sucedieron:
sabréis las con más cierto fundamento (vv. 223-228).

El cartógrafo e impresor Joan Blaeu y su rival Henricus Hondius más el geógrafo Claudio Tolomeo constituyen el trío de referencia en este pequeño canon del conocimiento, que luego se completa con otros sabios de las matemáticas y la astronomía (Arquímedes, Seleuco, Copérnico y Galilei)¹⁰. Tanto en la carta como en la epístola poética se concibe la cartografía como una brújula para la lectura activa que remite a prácticas antiguas relacionadas con el modelo épico¹¹.

Además, el poeta recuerda con la sonrisa torcida un mal negocio en las jocosas redondillas que llevan por nombre «Habiendo hecho ferias con el señor almirante de Castilla, siendo don Diego del Mármol su camarero, de unos mapas bien guarnecidos por una cama» (*Ocios*, nº 181):

Bien el marqués advirtió
que quien reserva no da,
y mal mi puntualidad
el documento observó.

⁹ C. Casado Lobato («La biblioteca de un escritor del siglo XVII: Bernardino de Rebolledo», *Revista de Filología Española*, 56, 1973, 229-328, pág. 248) propone a Jansonius o Blaeu para el atlas, pero debe de ser el segundo por las diversas referencias que se encuentran en la poesía de Rebolledo (ver *infra*).

¹⁰ Las familias Blaeu y Hondius cuentan con una larga tradición en la cartografía y la imprenta iniciada tiempo atrás por otros miembros (Willem Jansz Blaeu y Jocondus Hondius) que pusieron en marcha los talleres, pero es más probable que la mención se refiera a los personajes coetáneos de Rebolledo que asimismo gozaron de mayor celebridad.

¹¹ M. Blanco, *Góngora heroico: las «Soledades» y la tradición épica*, Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2012, pág. 333-337, para el caso gongorino.

Vuecelencia cobra fama
de tener sueño profundo,
pues no puede todo el mundo
arrancarle de la cama.
Y yo el sentimiento igualo
a lo que en tal lance peno,
sin salud con que andar bueno
y sin cama en que estar malo.
Mas en esta diferencia
tendré consuelo bastante,
siendo don Diego almirante
ya que es Mármol vueselencia.

En clave chistosa y todo, el mal negocio del que parece arrepentirse el yo poético ofrece no solo un guiño de la carrera militar de Rebolledo (su relación con uno de los generales de su etapa italiana) sino también un interesante testimonio de su especial gusto por la cartografía.

La musa geógrafa: las *Selvas dánicas* y el *Atlas maior* de Blaeu

Con este bagaje sobre una afición tan moderna como cortesana, se puede pasar ya a explorar el signo cartográfico de un pasaje de las *Selvas dánicas* de Rebolledo, curioso poema que enhebra la huella gongorina con la poética clásica y el encomio cortesano con rastros de las más nuevas ideas.

Las *Selvas dánicas* se compone de dos largas silvas («L'aula», págs. 7-80 y «Hersholme», págs. 81-175) dedicadas respectivamente a una genealogía de los reyes daneses y una suerte de recreación personal de las aventuras de un nuevo peregrino errante en tierras nordeuropeas. Esta disposición en dos se puede relacionar con un doble modelo: desde la ladera intertextual, sigue el patrón de la *Historia danesa* (*Gesta Danorum*) de Saxo Gramático de la que conserva una primera sección histórica y sustituye el ingrediente legendario por una sección científica; y, asimismo, tanto la arquitectura bipartita como la forma métrica de las *Selvas dánicas* rinde un primer homenaje a las *Soledades* gongorinas.

Sea como fuere, el interesado ejercicio laudatorio de la monarquía danesa del primer poema —que enlaza y en cierto sentido prosigue con la dedicatoria a la reina Sofía Amalia de Lunenburg— deja paso a una segunda silva con las aventuras de un personaje en el que Rebolledo aúna los ecos gongorinos y un ejercicio de proyección autobiográfica en una ficción con tintes de exploración científica¹².

¹² Es una de las opciones de la tipología de Enrique García Santo-Tomás (*op. cit.*, pág. 47), que se completa con textos científicos que también atienden al deleite literario y creaciones híbridas a medio camino entre ambos universos discursivos. La conexión entre el peregrino y «un yo experiencial» es uno de los caminos de la estela gongorina, según José Lara Garrido («La estela de la revolución gongorina. Relieves para una cartografía incompleta del gongorismo»), en

En esencia, la historia poética de este segundo poema se compone de siete secciones: tras la presentación del marco con la llegada de un peregrino «fati-gado/de un infinito número de penas» llega a una isla («tranquilo puerto») en la que se encuentra con «un venerable anciano» (págs. 81-83), se sucede el relato autobiográfico de los dos personajes (págs. 83-99) que comprende la presenta-ción desencantada del peregrino de las «tragedias» de amor y fortuna que le han llevado lejos de su patria (págs. 83-85) y la historia («fragmentos/trágicos de mi vida») del anciano, que ha ejercido de diplomático y soldado por Europa para luego —desencantado— retirarse a un nuevo *beatus ille* y dedicarse a la práctica de las ciencias (págs. 85-99); con este guía de reminiscencias virgilianas, as-cienden y visitan el alcázar de la reina, que se describe con todo lujo de detalles con la éfrasis de pinturas mitológicas, los retratos de los reyes daneses, otros lienzos y unos mapas de Dania (págs. 99-154); al regreso al aposento del an-ciano sigue la comida y el descanso (págs. 154-155) a modo de *intermezzo* que, además, propicia que el peregrino realice un viaje en sueños con otro huésped «aun más cano» por el mar del norte (págs. 155-166); al despertar, discute con el viejo sobre las diferentes clases de sueños y la interpretación simbólica de la experiencia (págs. 166-174) y el poema acaba con una coda autorial que recupera el encomio cortesano general de las *Selvas dánicas* (págs. 174-175)¹³.

A más del maestrazgo gongorino que no voy a desgranar (el motivo del viaje, los sinsabores de la corte, el encuentro con un viejo pescador y un anciano agrí-cultor, etc.), interesan los ecos autobiográficos de Rebolledo y las marcas cien-tíficas (conceptos, ideas y nombres) que se diseminan en la presentación del desengañado maestro y sobre todo el viaje imaginario por el norte de Europa¹⁴.

Díaz-Plaja ya destacaba la excepcionalidad de la descripción geográfica de Re-bolledo de unas tierras que por lo general eran «un verdadero enigma de bruma y de fantasía» que habitualmente se conocían de segunda o tercera mano (de Olao Magno y Torquemada a Cervantes) al tiempo que cobra mayor valor en tanto emplea «un tono de seriedad científica que parece anticipar el interés de los hombres del siglo XVIII»¹⁵.

Una densa polimorfía de belleza: Góngora y el grupo del 27, ed. de A. Soria Olmedo, Junta de Andalucía, Sevilla, 2007, 121-168, pág. 140).

¹³ Se cita por la siguiente edición, modernizando la grafía y con una propuesta propia de puntuación: *Selvas dánicas*, Pedro Morsingio, Copenhague, 1655 (maneja el ejemplar que se encuentra en la Biblioteca Xeral de la Universidade de Santiago de Compostela, signatura 27555, en red).

¹⁴ Para González Cañal («El prosaísmo del conde de Rebolledo», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 84, 2008b, 169-186, pág. 177), la huella gongorina de las *Selvas* demuestra que Rebolledo no peca del prosaísmo del que tan frecuentemente se le culpa, si bien presenta un «menor alarde formal que Góngora y sin perder nunca el norte de la claridad». Ver J. Ponce Cárdenas, «La imitación del discurso gongorino: primeras calas», en *Los géneros poéticos del Siglo de Oro: centros y periferias* (ed. de R. Cacho Casal y A. Holloway), Tamesis, London, 2013, 171-194, págs. 181-188, que examina igualmente las relaciones picto-poéticas; y P. Ruiz Pérez, «Imágenes políticas en la *Selva* de Rebolledo», *Studia Aurea*, 8, 2014, págs. 35-90.

¹⁵ G. Díaz-Plaja, *La poesía lírica española*, Labor, Barcelona, 1937, págs. 208-209. Sobre la imagen del norte, ver S. Niemöller, «Ideas del Norte en el Siglo de Oro», en *Del pensamiento*

Ciertamente, la mirada directa y cercana a una realidad desconocida revela ya un interés novedoso pero especialmente importa por el giro en la perspectiva de la mano del desarrollo de la ciencia óptica y de la consolidación de una cierta imaginación cartográfica, que se traduce en el uso de un vocabulario propio y en la adopción progresiva de un cierto punto de vista cenital¹⁶. De este modo, se renueva el diálogo entre cartografía y poesía ya activa en la tradición épica con unos nuevos tintes de realidad que ya no atienden solo a la creación de espacios imaginarios a partir de recuerdos geográficos —cual las *Soledades* de Góngora— sino a la presentación poética de lugares verdaderos para los que el espejo principal se encuentra en los mapas coetáneos.

Ahora bien, Rebolledo todavía representa un estado temprano de este proceso. Amén del fugaz comentario sobre los mapas de Dania y las tierras vecinas, la descripción geográfica se desarrolla en el significativo marco del viaje dentro de un sueño, que actúa como una estrategia de distanciamiento¹⁷. Esta odisea comienza durante la siesta que sigue a la comida, en la que el peregrino sueña que otro anciano le lleva a la isla de Ween desde la que navega en un «sucinto bajel» (pág. 155) gobernado por una bella doncella: cruzan rápidamente por «Kol de la Scania», Halandia, Gotemburg y otros lugares camino de la isla de Carmen para, «tomando por guía el polo» (pág. 157), avanzar a la zona septentrional, pasar el cabo norte para encontrarse con Nueva Zembla («hasta setenta y siete grados ya descubierta», pág. 160) y después virar hacia Espitzberga —hoy Spitsbergen—, costear «Groenlanda» (pág. 161) y «la peñascosa Islandia» (página 162); de ahí cambian de rumbo y se encuentran con las islas del Hierro y Hitlant, descienden a través de Hibernia (Irlanda) hasta llegar a la «boca del Duero» —en Oporto—, mas a punto de volver al «patrio nido» (pág. 166) para alegría del personaje, despierta y las ilusiones se acaban con el viaje.

al texto: *textualización del saber en el Renacimiento español* (ed. de F. Gernert, J. Gómez-Montero y F. Serrano), Academia del Hispanismo, Vigo, 2013, págs. 219-240.

¹⁶ Ver J.-V. Blanchard, *L'optique du discours au XVII^e siècle: de la rhétorique des jésuites au style de la raison moderne (Descartes, Pascal)*, Presses de l'Université Laval, Saint-Nicolas, 2005; J. Robbins, *Arts of Perception: the Epistemological Mentality of the Spanish Baroque, 1580-1720*, Routledge, Abingdon, 2006; J. Dünne, *Die kartographische Imagination: Erinnern, Erzählen und Fingieren in der Frühen Neuzeit*, Fink, München, 2011; y E. García Santo-Tomás, *op. cit.*; frente a F. Farinelli, *I segni del mondo: immagine cartografica e discorso geografico in età moderna*, La Nuova Italia, Firenze, 1992, págs. 35-53; F. Bouza, «Cultura de lo geográfico y usos de la cartografía entre España y los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII», en F. Bouza (dir.), *op. cit.*, 1995a, págs. 53-72, respectivamente. No obstante, conviene tener presente la advertencia de Ruiz Pérez («Espacio y mirada: en torno al discurso de las *Soledades*», en *La representación del espacio en la literatura española del Siglo de Oro*, Antrhpos, Barcelona, 2013a, 232-256, pág. 233), al hilo de las *Soledades*: «En un poema encontramos elementos de topotesia, no de topografía, ya que la descripción de lugares reales cede protagonismo a la invención de paisajes imaginarios, y es de su potencia expresiva, no de su adecuación al mundo objetivo, de lo que depende la fuerza del texto».

¹⁷ Sobre los sueños literarios, ver T. Gómez Trueba, *El sueño literario en España: consolidación y desarrollo del género*, Catedra, Madrid, 1999.

Con esta suerte de prudente justificación el poema de Rebolledo se acerca a otros casos de visiones como *El diablo cojuelo* de Vélez de Guevara —por poner un ejemplo— de la que no se diferencia tanto en la forma pero sí en la intención: frente a la crítica amarga y satírica se encuentra un afán de conocimiento que surge al compás del empirismo europeo y se apoya igualmente en el pensamiento geográfico¹⁸. Especialmente notable es el uso de vocabulario geográfico: precisiones sobre los grados de latitud y longitud (pág. 157 y 160), precisiones sobre distancias y medidas (Islandia tiene «cien leguas alemanas» separada de Noruega por «otras ciento y cincuenta», pág. 163), la división territorial en comarcas de Islandia y poco más, todo ello derivado de la cartografía. No hay, pues, una verdadera descripción geográfica sino pequeños cuadros descriptivos que se trazan al hilo del viaje soñado y que derivan de la contemplación de un mapa.

En este sentido, la exploración de Rebolledo trata de matenerse en un difícil equilibrio entre lo antiguo y lo moderno, en perfecta sintonía con el tono de sus aspiraciones científicas que —en acertadas palabras de Prot— realmente «relèvent d'une modernité mitigée» entre las *auctoritates* añejas y los nuevos paradigmas con una mixtura de docta ignorancia, escepticismo cristiano y perplejidad ecléctica¹⁹.

Con todo y ello, es significativo que un manojito de pasajes de la descripción poética de Rebolledo aparecen diseminados en una de las entregas de la versión española del *Atlas maior* de Blaeu: el *Atlas universal y cosmográfico de los orbes celeste y terrestre* ([s. l.], [s. n.], [s. f.]) —pero fichado con el nombre de *Atlas Mayor sino Cosmografía Blaviana, en la cual exactamente se describe la tierra, el mar y el cielo*—, que deriva del gran proyecto original en once volúmenes (Joan Blaeu, Amsterdam, 1658-1672)²⁰.

¹⁸ Ver M. Bowen, *Empirism and Geographical Thought: from Bacon to Alexander von Humboldt*, Cambridge University Press, 1981, para este asunto.

¹⁹ F. Prot, *op. cit.*, pág. 17. Asimismo, se guarda «la faculté de développer simultanément deux lignes de développement possibles: la première, scientifique, naturaliste, et la seconde, métaphysique et religieuse» (pág. 20).

²⁰ J. Blaeu, *Atlas Mayor sino Cosmografía Blaviana, en la cual exactamente se describe la tierra, el mar y el cielo*, [s. l.], [s. n.], 1659 (ejemplar de la BNE, signatura GM/1122, reproducido en la Biblioteca Digital Hispánica). P. van der Krogt, *Koeman's Atlantes Neerlandici*, I: *The Folio Atlases Published by Willem Jansz. Blaeu and Joan Blaeu*, Hes & De Graaf publishers BV, Houten, 2000, págs. 424-458, fecha el volumen en 1659 pero se trata de la segunda impresión de 1678, según se comenta *infra*. Ver F. Bouza, «Cultura de lo geográfico y usos de la cartografía entre España y los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII», y «Una historia en mapas, una historia de mapas», en F. Bouza (dir.), *op. cit.*, 1995b, págs. 12-17; G. Schilder, *op. cit.*; L. Martín Merás, «Los globos de la familia Blaeu en España», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 197, 2000, págs. 497-512; y A. Alonso, «Cervantes y los mapas: la cartografía como metáfora», en *Homenaje al profesor Jesús Sepúlveda* (coord. A. Alonso y J. I. Díez Fernández), *Lectura y signo*, 1, 2006, págs. 75-88; y «Ciudad, teatro, mapas», en *Ciudades imaginarias en la literatura y en las artes* (ed. de E. Garrido, M^a V. Navas y R. Peñalta), *Revista de filología románica*, extra 6, 2008, págs. 89-96. De este taller salieron igualmente algunos textos españoles, como *El Héroe* de Gracián (Amsterdam, Juan Blaeu, 1659), por ejemplo.

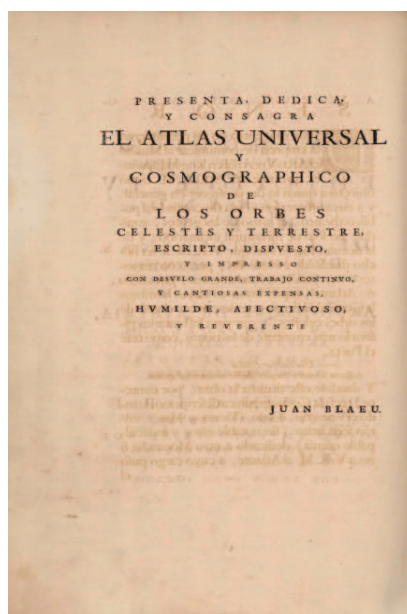


Imagen 1: Portada de la versión española del *Atlas*

Schilder explica que la versión española del *Atlas* se diferencia de las otras tandas (neerlandés, latín, francés y alemán) por cuatro razones: su condición de empresa inacabada tras el incendio del taller, la falta de numeración, las variantes de las fechas de impresión y el título cambiante (*Nuevo Atlas*, *Atlas Nuevo* y *Atlas Mayor*), lo que en conjunto parece indicar que el atlas español no estaba entre los planes de Blaeu frente al interés que mostraba la corona hispánica en este proyecto²¹.

Conjuntamente, otra clave de la versión española se encuentra en que la traducción presenta una serie de pequeñas licencias en forma de adiciones poéticas que a veces acompañan los mapas y comentarios del *Atlas*. En concreto, se añaden pasajes de la segunda de las *Selvas dánicas* de Rebolledo en cinco ocasiones: en la descripción de Groenlandia (pág. 31), Spitzberga (pág. 37), Nueva Zembla (pág. 43) y por dos veces Islandia (págs. 70-71 y 78), tomados de la *princeps* o de las obras completas (págs. 408-570)²². En general, estas pequeñas poesías sirven de ilustración a las sucesivas descripciones, pero cumplen una función propia en cada caso, según comento a continuación.

²¹ G. Schilder, *op. cit.*, pág. 90.

²² González Cañal («El conde de Rebolledo», pág. 76), cambia este último pasaje por un elogio del rey Federico III de Dinamarca (que dice estar situado en pág. 77). Las variantes no son significativas para establecer una filiación fiable: de las *Selvas dánicas* a los *Ocios* se corrige «arroja» por «aroja» en la pintura de Islandia, pág. 71) pero permanece el nombre de «Espitzberga» que sí se repara en «Espitzberga» en la cita del *Atlas*, al tiempo que añade un solo desliz en forma de errata («grutos» en vez de «grutas», en la segunda descripción islandesa, pág. 78).

En la *descriptio* de Groenlandia el poema de Rebolledo se presenta como testimonio sobre su nombre y sus orígenes que se asemeja a otro pasaje de Barrios:

Selvas dánicas

Descaeciendo poco de la altura
 ha que los dos habíamos subido,
 una costa tocamos
 que del color que casi nunca pierde
 la llamaron Groenlandia o Tierra Verde,
 y entonces el anciano
 me dijo: «Ya de América son estas
 costas, a la del fuego tierra opuestas,
 de donde a Dania llevan
 los dientes que habrás visto de pescados
 de disforma grandeza,
 los agudos y rectos,
 en la forma y efectos,
 a cuernos de unicornio semejantes,
 los otros a colmillos de elefantes,
 la gente, igual al clima en aspereza,
 en sus cuevas se esconde,
 y a ningún beneficio corresponde.
 Por esto y por el yelo
 que las navegaciones dificulta,
 después de descubierta quedó oculta;
 aunque se ven sus senos dilatados,
 en diferentes cartas demarcados,
 mas los de Dinamarca últimamente
 tantas dificultades han vencido
 y de nuevo el comercio introducido (págs. 161-162)

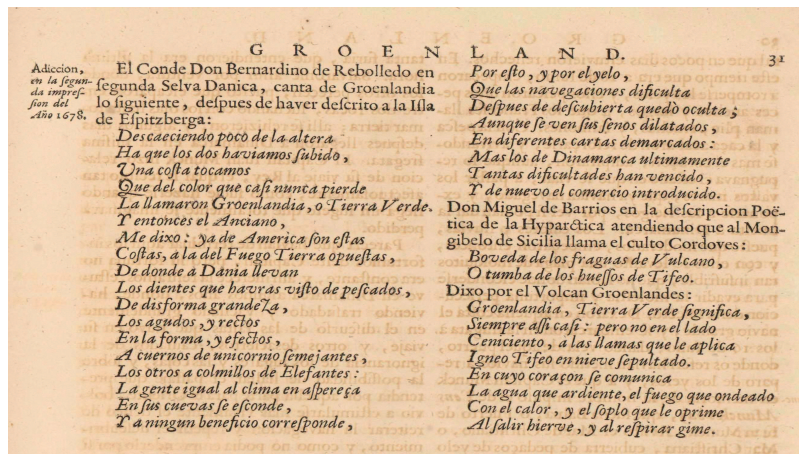


Imagen 2: *Atlas*, pág. 31 (detalle con los poemas de Rebolledo y Barrios)

Con Spitzberga también es una coda que ejemplifica la explicación ofrecida sobre la dureza del territorio:

Imagen 3: *Atlas*, pág. 37
(Descripción de Spitzberga con el poema de Rebolledo, detalle)

Selvas dánicas

La costa de osos blancos y otras fieras más que de hombres poblados, parecía donde es prolijo el término del día y el de la noche al parecer eterno en el oceano aquel este en invierno.

[...]

Y luego descubrimos,
a la suprema esfera levantados,
unos riscos de nieve coronados
de que yo deseé saber el nombre
y el anciano me dijo:
«Espitzberga los llaman comúnmente
o «Monte agudo» cuantos
todos los años vienen
a continuar la guerra a las ballenas
de que están estas costas siempre llenas»

(págs. 158 y 161)

Les interpuestos casi nunca están sin ella. La marina es arenosa, y de ordinario mezclada con nieves y yelo casi en todos los puertos; todavía en algunos lugares, debaxo de la nieve, queda la tierra limosa, y como encenagada, o se desliza tanto, que difícilmente puede andarse por ella. No es menos el yelo a orilla del mar, conque viene el país casi a ser inaccesible. Porque todo aquel distrito ve-zino al Polo del Norte, y que pertenece a Spitzberga, se incluye en la Zona Frigida, en la qual los antiguos creyeron no havia habitantes, porque el frio era como inseparable, en extremo riguroso y horrible. En realidad es tal aqui la inclemencia, que supera el credito, y casi la paciencia; Verano jamas le hay, y el Estio dura muy poco, puesto que en quanto lo es no se oculta el Sol, y en seis meses del año no saben que es noche, logrando un continuo y claro día, pero desquitan bien esta alegría en el Hyvierno, porque en todo el no descubre sus rayos esta luminosa antorcha, remontándose de aquella region, sin indicio de que le haya. Considero lo aquel noble Poeta que canto en su Selva Danica:

La costa de Ossos blancos, y otras fieras mas que de hombres poblada, parecia donde es prolixo el termino del dia, y el de la Noche al parecer eterno en el Oceano aquel este en Invierno: y luego descubrimos, a la suprema esfera levantados, unos riscos de nieve coronados. de que yo dessee saber el nombre: y el Anciano, me dixo Espitzberga los llaman comunmente o Monte agudo, quantos todos los años vienen a continuar la guerra a las ballenas, de que estan estas costas siempre llenas.

En los Idus de Junio del año de 1613, esto es a los 13 del, havia aun tanta cantidad de yelo en toda la costa de Spitzberga, cuyo grosor y empedernida union no havian podido deshazer los calientes rayos del Sol, que impedidos los puertos maritimos no davan lugar a la entrada de las naos que ivan a la pelqueria de las ballenas. No padecian este penoso extremo solos los navegantes, pero estava toda tan lleno de nieve (ordinario es conservarse todo el Estio) que los renqiferos, o aquella especie de venados de que ya hablamos, no sabian hallar pasto, y assi estavan

M de

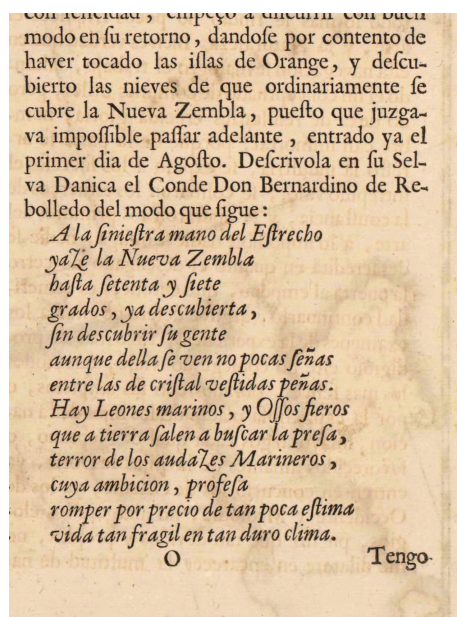
Por su parte, las indicaciones más precisas sobre Nueva Zembla acompañan a la narración de los viajes de descubrimiento de los holandeses —cual nuevos argonautas— centrado en la expedición comandada por el capitán Bernardsoon (Barentsonio en el texto):

Imagen 4: Atlas, pág. 43
(Descripción de Nueva Zembla con
el poema de Rebolledo, detalle)

Selvas dánicas

A la siniestra mano del estrecho
yace la Nueva Zembla,
hasta setenta y siete
grados ya descubierta
sin descubrir su gente
aunque della se ven no pocas señas
entre las del cristal vestidas peñas.
Hay leones marinos y osos fieros
que a tierra salen a buscar la presa,
terror de los audaces marineros,
cuya ambición profesa
romper por precio de tan poca estima
vida tan frágil en tan duro clima

(pág. 160)



Más interesante es la adición poética en el capítulo dedicado a Islandia, porque el pasaje poético de Rebolledo funciona como ejemplo de precisión y argumento de autoridad para refutar medidas erróneas:

En cuanto esto decía,
el batel que volaba
tanto en mi perturbada fantasía
la peñascosa Islandia costeaba,
que «la Tierra del yelo» decir quiere,
a quien el Boreas hiere
con inclemencia tanta
y ningún árbol deja
ni aun a los animales crecer cuernos.
De la naturaleza tener queja
parece que pudiera,
pues sujeta a los prodigos inviernos
de temple tan violento
le prohíbe del fuego el alimento.
Esta isla, que tiene
de longitud cien leguas alemanas

—volvió a decir el viejo—
y de Noruega dista
otras ciento y cincuenta
también a su corona pertenece,
cuyo gobernador de Dania viene
cada año a disponer lo que conviene
y una de navegantes compañía
caudalosa contrata mercancía.
Está en cuatro comarcas dividida
que de los cuatro vientos nombre toman:
el gran Hekla, sepulcro fulminante
de más feroz gigante;
en la de Mediodía
de nieve armado llama al cielo envía;
el humo desde aquí verás que sube
a rebujar el aire en parda nube.
Muchas veces se ven en sus confines
marítimos caballos
bien poblados de clines,
bueyes también de pelo plateado,
que los cerúleos campos han arado.
El viento que la infesta la socorre,
arrancando en Noruega
pinos que por el mar allí trasiega
de ellos y las espinas
de disformes pescados
que el mar también arroja.
Cuando Aquilón se enoja
se componen sus pocos edificios
—como Plinio decía
y después Arriano
de los de Gedrosia,
en la cosa del Índico oceano—
la gente es laboriosa,
pero a salir de allí poco inclinada,
así la patria, aunque infeliz, agrada,
y mucho más dichosa
por ignorar los vicios
que por otros estudios ni ejercicios.
(págs. 70-71 / *Selvas dánicas*, págs. 162-164)

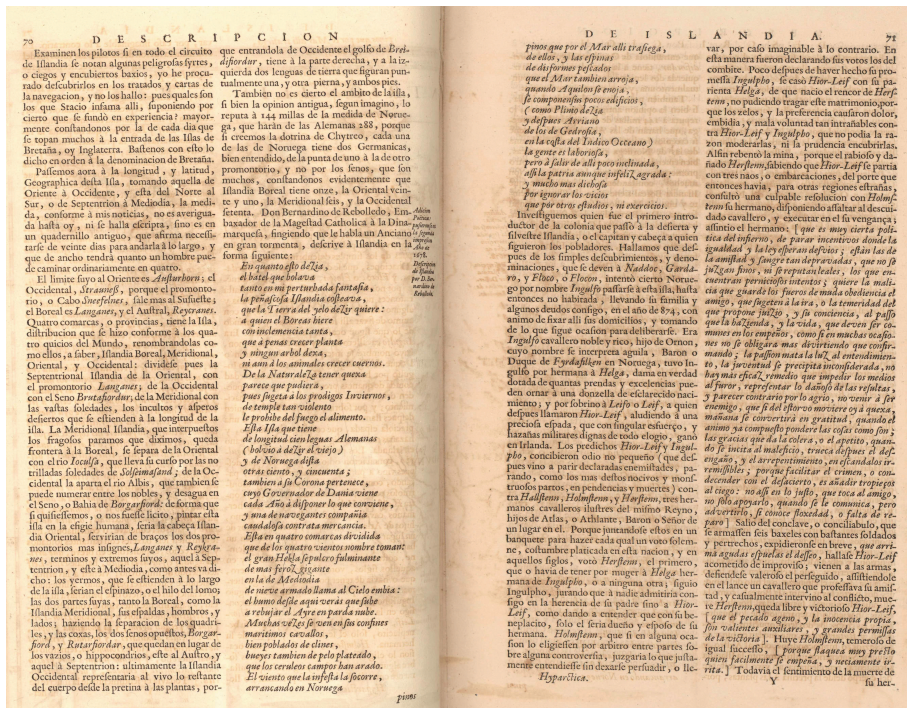


Imagen 5: Atlas, págs. 70-71 (Descripción de Islandia con un poema de Rebolledo)

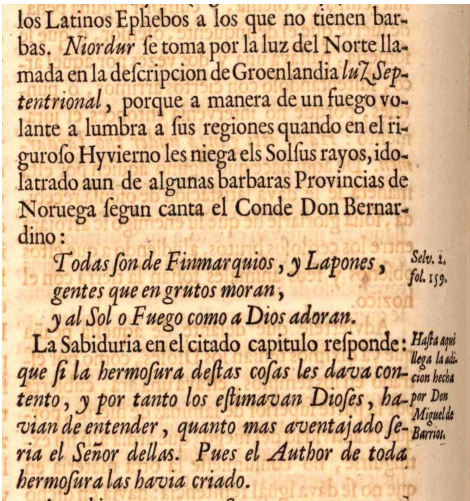
En la segunda, por fin, el terceto es un adorno que refuerza la idolatría del sol que todavía algunos bárbaros mantienen:

Imagen 6: Atlas, pág. 78 (Descripción de Islandia con un pasaje de Rebolledo, detalle)

Selvas dánicas

Todas son de Finmarquios y Lapones, gentes que en grutas moran y al sol o fuego como a dios adoran.

(pág. 158)



los Latinos Ephebos a los que no tienen barbas. *Njordur* se toma por la luz del Norte llamada en la descripción de Groenlandia *luz Septentrional*, porque a manera de un fuego vorlante a lumbr a sus regiones cuando en el riguroso Hyvierno les niega els Solfus rayos, idolatrado aun de algunas barbaras Provincias de Noruega segun canta el Conde Don Bernardino:

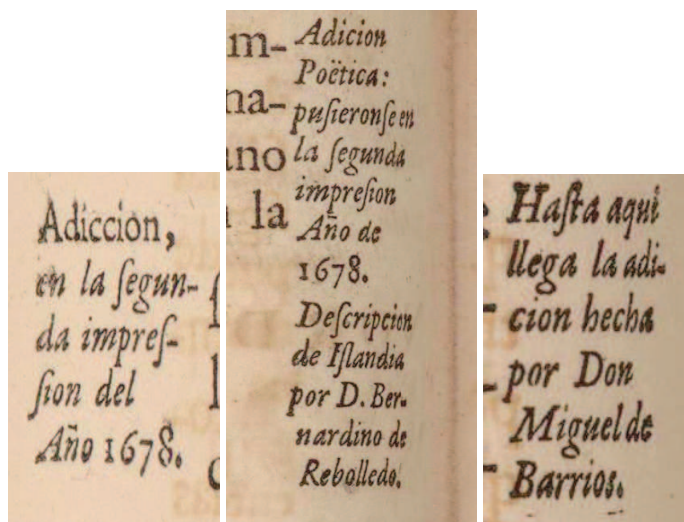
Todas son de Finmarquios, y Lapones, gentes que en grutas moran, y al Sol o Fuego como a Dios adoran.

La Sabiduria en el citado capitulo responde: *«Hasta aqui llega la selva con mucha hermosura destas cosas les dava contento, y por tanto los estimavan Dioses, havian de entender, quanto mas aventajado servia el Señor dellas. Pues el Author de toda hermosura a las havia criado.»*

En todos los casos, las adiciones poéticas entresacadas de las *Selvas dánicas* funcionan como argumento poético de la información reseñada en la respectiva descripción del *Atlas*, pero en una ocasión se presenta como paradigma de precisión geográfica.

González Cañal señalaba en su día que estas adiciones poéticas demuestran «la exactitud, el rigor y la novedad de las descripciones de Rebolledo», lo que «sedujo con toda seguridad a los editores del atlas de Blaeu», pero rechazaba que se pudiera dar «una explicación precisa» al cómo y al quién que se esconde detrás de esta decisión editorial²³.

En realidad, la respuesta se encuentra en tres apostillas marginales que acompañan a esta serie de adiciones poéticas y que dan las claves fundamentales para resolver el enigma desde el contexto: la primera vez en la que aparece un fragmento poético de Rebolledo se indica tanto la naturaleza como el momento de preparación («Adición, en la segunda impresión del año 1678», pág. 31, imagen 7), en la segunda se reiteran estos detalles y se descubre la autoría de los versos («Adición poética: pusieronse en la segunda impresión, año de 1678. Descripción de Islandia, por D. Bernardino de Rebolledo», pág. 70, imagen 8) y seguidamente en la tercera se revela la mano responsable de esta labor editorial («Hasta aquí llega la adición hecha por don Miguel de Barrios», pág. 78, ambas en la imagen 9). Con un poco de orden, la conclusión es muy sencilla: los pasajes de Rebolledo fueron seleccionados y añadidos por Barrios.



Imágenes 7, 8 y 9:
(Detalles de las descripciones de Groenlandia e Islandia con las *marginalia*)

²³ R. González Cañal, *loc. cit.*, pág. 76.

Para continuar con el rompecabezas es preciso ensamblar algunas piezas más sobre los hilos que unen a ambos poetas. Miguel (Daniel Leví) de Barrios (1635-1701) es otro ingenio periférico que comparte con Rebolledo la pena del exilio norteño, que en su caso responde a cuestiones religiosas y halla refugio en la colonia sefardita de Ámsterdam al igual que Enríquez Gómez²⁴. Este alejamiento le pone en contacto con un ambiente más abierto en el que igualmente aprovecha las innovaciones de la ciencia cartográfica en su poesía (la *laudatio urbium* de Terpsícore del *Coro de las musas*, Bruselas, Baltazar Vivien, 1672; y la «Descripción de las islas del mar Atlántico y de América» en *Piratas de la América*, Colonia [Ámsterdam], Lorenzo Struickman, 1681, de Alexandre Olivier Exquemelin)²⁵.

En este sentido, la cercanía de Barrios al círculo de cartógrafos y geógrafos se traduce en una colaboración creciente con el proyecto cartográfico de Blaeu con una serie de poemas y traducciones porque los judíos neerlandeses eran «los traductores naturales de la edición española del *Atlas*», según prueban la participación de David Nasi y el sargento Nicolás (Daniel Jehuda) de Olliver y Fullana²⁶. Todavía no se conoce al detalle el alcance de la labor de Barrios, pero esta versión hispánica del *Atlas universal y cosmográfico* que vengo comentando demuestra que no solo se limitaba a la donación de poemas propios sino que tenía un cometido verdaderamente editorial.

Hay dos razones que justifican el acercamiento de Barrios a Rebolledo: además de que ambos comparten el *paragone* poético con Góngora, Rebolledo se adelanta en la práctica de la poesía geográfica, así que parece natural que Barrios eche mano de las *Selvas dánicas* —bien en la *princeps* o en las obras completas— a la hora de adornar poéticamente la versión española del *Atlas maior* y hasta se tendría que buscar la huella intertextual sobre su propia producción poético-cartográfica. De hecho, de ordinario la selección de poemas del propio Barrios en el volumen se acompaña de poesías de Rebolledo, que se reconoce de esta manera como el principal modelo intertextual.

Asimismo, hay un factor contextual que favorece esta explicación porque Rebolledo ya mantenía un lazo de unión con la comunidad sefardita holandesa, que puede ser el puente de unión con Barrios y el *Atlas* castellano: en efecto, hay noticia de una cierta amistad entre el diplomático y el médico judaizante Juan (Daniel) de Prado (h. 1615-1663), exiliado en Hamburgo y luego en Ámsterdam con el que se cartea y a quien envía un romance con ocasión

²⁴ Inmaculada García Gavilán [«La *Fábula de Prometeo y Pandora* de Miguel (Daniel Leví) de Barrios: notas sobre la diégesis mítica», *Lectura y signo*, 5, 2010, 211-240, págs. 211-212], relaciona a Rebolledo y Barrios como poetas al abrigo de la nueva poesía gongorina que se van rescatando de un injusto olvido, mientras García Santo-Tomás (*op. cit.*, pág. 19) considera que ambos escriben desde fuera pero también con «un sabor autóctono».

²⁵ M. de Barrios, *Coro de las musas*, Baltazar Vivien, Bruselas, 1672 (ejemplar de la BNE, signatura R/5990, disponible en la Biblioteca Digital Hispánica); y *Piratas de la América* (ed. de A. Sánchez Jiménez), Renacimiento, Sevilla, 2013. Ver A. Sánchez Jiménez, «El converso y los bucaneros: Miguel de Barrios y *Piratas de la América* (1681)», en prensa.

²⁶ H. den Boer, «Miguel de Barrios y la topografía marrana», en prensa.

del viaje de la reina Cristina de Suecia tras su abdicación: «Respondiendo al doctor Daniel de Prado, médico de Hamburgo, en ocasión que estaba allá la serenísima reina Cristina de Suecia, alojada en casa de Abraham Texeira» (*Ocios*, nº 197)²⁷. Para cerrar el círculo basta decir que Barrios parecía llevarse mal con Prado, a quien ataca con el colmillo afilado tras su muerte por ser «maestro de falsos dogmas que no tenía más religión que la que convenía a su cuerpo, ni más alma en su opinión que de caballo» (Desengaño 18, en *Coro de las musas*, págs. 355-361). Si bien no es necesario, este personaje en común concede otra vía de contacto y refuerza la relación entre Rebolledo y Barrios.

Conclusión

En resumen, los rasgos geográficos y cartográficos de la segunda de las *Selvas dánicas*, que se fundamentan en una cierta afición de Rebolledo por los mapas de su tiempo, cobran nuevo significado porque su entrada en la versión española del *Atlas* de Blaeu supone el reconocimiento de su valor descriptivo y hasta científico a veces, que lo convierte en un modelo intertextual para esta modalidad poética. Es más: acaso el proyecto funcione en un camino de ida y vuelta por el que Rebolledo se inspiraría en el *Atlas maior* de Blaeu —en castellano u otra lengua— para componer su poema geográfico que tiempo después pasaría a formar parte de la segunda tirada de la versión española (1678) por obra y gracia de la mediación de Barrios. Igualmente, echando la vista atrás se puede apreciar un desarrollo en la práctica de la poesía geo-cartográfica conformado por la cadena que va de Góngora a Rebolledo y después a Barrios, esto es: de un modelo común a ambos que todavía sigue —si bien renovados— esquemas épicos, Rebolledo ofrece un nuevo aire de realidad en diálogo con Blaeu en un ejercicio poético que Barrios canoniza, imita y perfecciona en sus composiciones. A fin de cuentas, la poesía cartográfica es tanto un buen síntoma como un signo *par excellence* de la fecunda y progresiva imbricación de las novedades científico-técnicas con el arte en el camino que lleva resueltamente a la modernidad.

²⁷ Para Prot, *op. cit.*, pág. 19, «les liens épistolaires entre Rebolledo et le docteur Juan de Prado attestent l'absence de sectarisme face à un marren libre-penseur». Ver los comentarios de González Cañal (ed.), en B. de Rebolledo, *Ocios*, págs. 612-613; y «El conde de Rebolledo», págs. 70-71. Sobre este personaje judaizante, ver I. S. Révah, *Spinoza et le Dr. Juan de Prado*, Mouton, Paris, 1959.